

Xesús Veiga

Epílogo del liderazgo de Feijóo

praza.gal, 7 de noviembre de 2025.

Considerando lo ocurrido desde 2022 y observando las cifras que ofrecen los últimos estudios demoscópicos, alguien podría reciclar la reciente declaración que Sánchez dirigió a Feijoo en el Congreso y transmitir una contundente observación: "Alberto, nunca debiste haber cruzado los límites geográficos del territorio gallego".

Es indiscutible que el nivel de ambición política de A. Núñez no encajaba con el perfil que había mantenido desde 2009. Tras lograr cuatro mayorías absolutas en las elecciones gallegas, tenía pocos incentivos para continuar por ese camino. Quería llegar a Moncloa antes de jubilarse y vio una oportunidad de oro cuando Isabel Díaz Ayuso y M.A. Rodríguez decidieron que Pablo Casado no era el líder títere que creían. Llamaron a San Caetano y pronto comprobaron que su inquilino estaba dispuesto a hacer lo que había rechazado en 2018: entrar en Rúa Génova por la puerta principal, aclamado, sin pasar por unas primarias incómodas e inciertas.

Feijoo llegó al centro de la política estatal con escasa o nula experiencia en la gestión de tres cuestiones clave para la derecha política española: 1) cómo neutralizar el auge electoral de Vox; 2) cómo reducir o minimizar la influencia de Díaz Ayuso en el electorado del PP; y 3) cómo ganarse la complicidad de la derecha mediática sin controlar los recursos públicos del gobierno de una Comunidad Autónoma. El expresidente de la Xunta no estaba acostumbrado a ello: Vox no existía en la Galicia institucional que él conocía; sus disputas internas con la familia Baltar tuvieron un desenlace favorable para ambas partes y, en el ámbito mediático, Núñez sobornó a los medios privados con generosas ayudas del Presupuesto y controló CRTVG con mano de hierro. Tres años después de su instalación en el corazón del PP estatal, la evolución de los problemas mencionados no permite prever una solución satisfactoria para el político de Los Peares. El partido de Abascal continúa consolidando su espacio electoral porque, entre otras cosas, la orientación de diluir las diferencias entre las dos formaciones de derecha no está dando el resultado deseado (en materia de inmigración, en el territorio de la memoria democrática, en el tratamiento de las lenguas propias cooficiales en algunas Comunidades Autónomas, en el tema de los derechos LGTBI, en el posicionamiento respecto a la lógica que Trump aplica en las relaciones internacionales...). Vox no debe considerarse un fenómeno pasajero al que solo se le aplican tácticas para mejorar sus resultados electorales a corto plazo. Si Feijoo tuviera solvencia política acorde con la tarea teórica que debería afrontar —construir una fuerza política inspirada en las mejores tradiciones de la derecha democrática europea de las últimas décadas— tendría que definir una línea ideológica y política claramente diferenciada de lo que Vox representa hoy y llevar a cabo una labor de persuasión en aquellos segmentos de la población que tienen mayor predisposición a conectar con las ofertas formuladas por el PP.

Las vicisitudes vividas en torno a Mazón en los últimos meses —incluido el reciente abandono de su cargo institucional— resumen bien las deficiencias

más significativas que existen en el liderazgo de Feijoo: la incapacidad de demostrar su autoridad ante un líder territorial prominente y la falta de una orientación táctica inequívoca que impide el seguimiento practicado con Vox desde 2023.

Alberto Núñez podría llegar a la Moncloa debido a la confluencia de dos factores: la existencia de una poderosa corriente internacional —que también opera dentro de los sistemas políticos occidentales— favorable a las formaciones conservadoras y evolucionistas (Trump, Meloni, Le Pen...) y la persistencia de importantes reveses sufridos por las fuerzas que habitan el universo de la izquierda. En cualquier caso, no alcanzará la presidencia del gobierno estatal por méritos propios ni contará con una mayoría absoluta similar a la que obtuvieron, en su momento, Aznar y Rajoy. Tendrá que soportar una hipotética —y conflictiva— alianza con Abascal que le hará recordar —con nostalgia— el «paraíso» político gallego que despreció por su insaciable ambición.